

Suplemento á El Trabajo

Órgano de la Sociedad de Resistencia Obreros del Puerto de la Capital

SECRETARIA: AYOLAS 23



UNION TELEFÓNICA 428 (BOCA)

AÑO I

BUENOS AIRES, OCTUBRE 15 DE 1906

NUM. 7

LA PLOCICIA

Estacionados frente á nuestro local con la consigna de molestar y provocar á los obreros, se han colocado DOS cosacos respondiendo sin duda, á las influencias de las esterlinas de Drysdale, ó á secretos planes policiacos.

¿Qué se han propuesto estos señores policias? Quieren provocar un movimiento, para así tener mejor oportunidad de encarcelar y masacrar á los obreros? Buscan pretexto para imponernos el Estado de Sitio, para evitar un movimiento en época que le sería más dolorosa á los señores burgueses? ¿Se hace esto con fines políticos? Nosotros no lo sabemos, pero la provocación no puede ser más descarada ni más brutal.

Y ahora á los compañeros: Nadie, absolutamente nadie, tiene derecho

á impedirnos que vengais y esteis en vuestro local. Por consiguiente, no hay que temer á estos verdaderos atentados al derecho de gente. Si estuviera clausurado entonces sería otra cosa. Pero ahora no sucede nada de eso, ni hay motivo para ello. Así es que no os dejéis intimidar por nada, no constituye un delito desacatar ordenes arbitrarias é injustas.



La huelga del Rosario

Según las últimas noticias recibidas del Rosario, la situación creada por la huelga de estibadores de ese puerto, tiende á normalizarse, con la vuelta al trabajo de los huelguistas.

La huelga del Rosario que debe agregarse á la larga lista de huelgas sangrientas, contiene una dura enseñanza para los trabajadores en general, que merece no ser olvidada con facilidad, á fin de evitar en lo sucesivo movimientos inconsultos y viloentos, con los cuales jamás podrán alcanzarse los fines que se proponen obtener.

«Las huelgas violentas nunca podrán tener resultados, satisfactorios para la clase trabajadora porque, como es lógico suponer, las autoridades encargadas de velar por el orden y la seguridad de la población, sofocaran con cualquier medio, esa agitación, esa efervescencia, esas violencias que conducen al crimen y á la miseria.

«El derecho de huelga es innegable; y hoy ésta ha sido reconocida en todos los países

como un arma legal, talvez la única, que posee el obrero para obtener las mejoras que necesita y para hacer oír su voz en el concierto general; pero, debe tenerse cuidado, porque es un arma de dos filos, que si con severidad y justicia, favorecerá á quien la usa, empleada con violeucia y arbitrariedad, puede ser de resultados fatales.»

Transcribimos este suscinto comentario del diario «La Razón» por ser este el concepto general de la prensa *radical* de este país, sobre la materia que informan los procedentes párrafos y sobre cuyo juicio ó concepto no estamos de acuerdo. por due los factores determinante de esas «duras enseñanzas» tienen su nacimiento sus génesis, precisamente en algo que no es desconocido para nadie, — pero que la prensa calla, — y que le sirven como fuerza dinámica para que estos movimientos asuman ese carácter violento en estas reclamaciones, en que el obrero haciendo uso de un «derecho innegable reconocido como una arma legal, talvez la única, que posee el obrero para obtener las mejoras que necesita, para hacer oír su voz en el concierto general» y estos factores determinantes, si hemos de ser sinceros hay que convenir que radican en las múltiples injusticias que se cometen con el obrero, injusticias que vandejando un sedimento en sus almas, que luego han de producir, al menor contacto, esos choques que luego se lamentan inutilmente.

El obrero se vé oprimido, vejado, sin derecho á nada espuesta á las bárbaras imposiciones de una policía, verdaderos salteadores que en plena calle lo detiene poniéndole un revolver en el pecho, que lo persigue y encarcela á la manor rebeldía contra el amo que lo explota, ó cuando haciendo uso de ese derecho de huelga para mejorar su precaria, por no decir miserable situación, deja el trabajo; sometido á la mas inicua explotación donde no solo se le roba el fruto de su trabajo sino sus energías y hasta su vida misma. privado hasta de lo indispensable en sus pobres hogares en donde viven muriendo, robados hasta en sus afectos amorosos, y si como todo esto no fuera suficiente para amargar una vida y hacer odiar estas injusticias sociales, cuando este se declara en huelga le policía y el ejército intervienen, no para evitar ni prevenir nada, sino para proteger abiertamente al capital.

De este modo se le crea una situación imposible, desesperante y el *derecho de la huelga reconocido como arma legal en todss los países*, queda de este modo burlado, sin efectos ni valor alguno, y el huelguista se ha de someter ó ha de morir de hambte. He ahí por

que las huelgas han de asumir ese carácter violento que tanto les asusta nuestros periodistas, sin preocuparse de analizar sus causas ó callándolas con toda mala fé que aún es peor.

Huelgas pacíficas, completamente pacíficas, señoras periodistas, han tenido el raro privilegio de llevar á *nuestro sabios y justos gobernantes* hasta declarar la ley marcial y encerrar á los obreros en flotantes cárceles, solo por que así lo han querido los señores del capital.

Quisiera verlos en la misma situación del obrero á estos señores periodistas, como solucionarían esta cuestión. Posiblemente serían más violentos que los más violentos de entre nosotros.

Con respecto al *orden* por el cual *debe velar la autoridad*, habría mucho que decir, pero ateniéndonos á la significación que estos señores dan á esta palabra, veamos si cumplen con esa misión.

Hoy que ninguna agitación puede alterar el *orden*, y por consiguiente, la autoridad no tiene ninguna misión de *orden y seguridad* que desempeñar frente á nuestro local, se ha convertido en provocadora del desorden, sin duda para luego intervenir y poner *orden* á fuerza de bolazos, y demostrar así que no está demás en el *armonioso* concierto de las instituciones *útiles*.

Dos cosacos estacionados frente á nuestro local con la *misión provocadora* hacen lo siguiente: Un obrero, que no provoca desorden, sino que viene á la sociedad, á su casa por que él la paga, y tiene derecho por consiguiente á entrar y salir cuantas veces quiera, es asaltado por estos brutos diciéndole que no se puede entrar, que el local está clausurado y que si no se va inmediatamente lo llevarán preso. Ha llegado el caso de subirse y penetrar hasta el local estos guardadores del *orden*, en persecución de aquellos que no hacen caso á sus amenazas, por creerlas, como son injustas y arbitrarias. Y al pedirles explicación de este abuso y al mismo tiempo exigiéndoles que abandonen el local, contestan, acariciando su revolver, *pucha que son malos, pero no se descuiden mucho*.

Y esto es de todos los días y de todos los momentos, no obstante la declaración del flamante jefe de Policía.

La libertad en la Argentina

Estamos en pleno Cesarismo. El sable policial erigido en suprema ley, impera soberano sin restricción ni límite en esta república de nombre.

Los corceles siberianas alzándose en plena ciudad, atestadas de «delincuentes honrados» que agonizan en sus frios y húmedos calabozos, es la justificación acabada de lo que dejamos expuesto. Nadie tiene derecho á pensar ni de hablar; solo hay derecho á obedecer y callar. Si alguien se extralimita de estas *jacultades*, el sable cae brutal sobre las insolentes cabezas, y los Bastillas abren sus puertas para recibir en su seno á los que piensan, sufren y aman.

Todo está subvertido; se llama orden al silencio, al acatamiento, al miedo; libertad á la esclavitud; derecho á la fuerza; justicia, á lo injusto; y en esta bancarrota de la razón se alza soberbio el despotismo queriendo ahogar el pensamiento. Pero éste, ligero, sutil escapando á todas las asechanzas protervianas, va extendiendo su dominio sobre las almas y reduciendo á la impotencia la soberbia de los bárbaros.

En esta tierra de *promisión* se profesa culto á la barbarie. Es que en cada uno de los *señores*, de los caciques convertidos en directores, amos y gobernantes, subsiste latente, vivo, el espíritu salvaje que en plena civilización hace irrupción lanzando su aullida de muerte y de esterminio. Es el atavismo, la herencia ancestral que se revuelve airada contra el progreso que avanza y destruye la bestia dando nacimiento al hombre superior, cumpliéndose el proceso de la evolución.

Todo está sometido al poder onnimodo de los representantes del sable.

Se asaltan en plena calle á los obreros, se establece riguroso asedio á los locales, se violan los domicilios, se impiden las reuniones, se encarcelan é incomunican á los hombres sin causa alguna sin que se haya recurrido para cometer todos estos atentados á la libertad individual á la inicua ley marcial que en otrora se apelara, como supremo resorte de gobierno. Y eso que estamos en plena *República Federal* y en la más *culta* ciudad de la *República*. ¿Hay alguien todavía que pueda dudar de los grandes beneficios de la República, de la rectitud de la justicia, de inviolabilidad de la ley, de la majestad del derecho y de los grandes preceptos constitucionales que nos acuerda *nuestra* carta fundamental?

¿No habla bien alto de la cultura de este pueblo y de la liberalidad del gobierno, ese Congreso del Libre Pensamiento que no ha mucho se celebrara y en cuyo recinto atropellaran los esbirros á uno de los miembros del Congreso? Hay que ser un imbécil para no reconocer las excelencias del régimen republica-

no, y las grandes y sublimes libertades que nos acuerda *nuestra* magna constitución. Y para colmo de las grandes libertades que nos acuerda *nuestra* carta fundamental, se implanta la tortura como sistema de gobierno, como en la monárquica y jesuítica España, amén de los asesinatos colectivos y de las deportaciones en masas. Esta inmanencia, en las injusticias, en las iniquidades y en los martirios que se extreman con criminal intento contra el pueblo, avivan los deseos de redención y de justicias y hacen germinar el odio en nuestros corazones contra todos los bárbaros que nos oprimen y avicinan la gran revolución que ha de poner término á tantas injusticias.

Y aún se quejan que seamos violentos cuando lo que hay que extrañar es—como dijera Tolstoy—que no estalle una bomba en cada esquina.

Este sistema de represión y de barbarie, tiene que conducirnos, necesariamente, á la acción, como el salvajismo autocrático de la Rusia condujo á aquel pueblo al terrorismo. No es extraño entonces que un brazo justiciero se alce impulsado por estas grandes iniquidades sociales, y cuyo factor determinante habrá que buscarlo en esta bárbara tiranía y no en la predicación sectarias de tal ó cual doctrina filosófica, si este sistema inicuo de represión sigue imperando. Recorred las páginas de la historia y vereis, que para cada Cesar hubo un Bruto.

E. ALMADA.

¡J' ACCUSE!

«El Obrero Libre,» organo de la sociedad patronal y cuyo sólo título implica una ofensa para el proletariado, se ha venido ocupando, *con toda la elevación de miras que lo caracteriza y la alta preparacion de sus directores*, de los incidentes que á rais del movimiento de Drysdale se han sucedido en estos últimos tiempos. Los epitetos que nos dirige están en relación directa con la alta cultura de que hemos hablado más arriba, solo, que, á nuestro entender, se han equivocado atribuyéndonos cualidades que les pertenecen exclusivamente á ellos. Y, á fin de probar esto, trataremos de demostrar subsidiariamente la veracidad de nuestro aserto.

Vivimos en un estado social en donde la lucha diaria por la existencia se hace cada día más feróz y brutal á consecuencia, precisamente, del desequilibrio existente y que trae apa-

rejado el presente *orden* social del cual son fervientes defensores los *sabios* señores del «Obrero Libre»—desequilibrio que produce fatales consecuencias, principalmente en el mundo proletario, por cuya razón somos los más interesados en transformar este *orden*, para que este desequilibrio desaparezca con sus miserias y sus crímenes. Y este vivo deseo de justicia, de altas miras proletarias, que debiera mirarse con simpatía, ha despertado, en los señores capitalistas, un miedo cerbal y un odio irreconciliable contra todos los atrevidos que han tenido la audacia de querer mejorar su suerte y la de su clase, y que, no contento con esto, han tenido la idea inaudita de querer transformar la actual sociedad capitalista en una sociedad libre exenta de injusticias y de maldades, donde impere soberano el amor. Y este grande amor hacia la vida integral y libre, que es, en resumen, la suprema aspiración de los pueblos, ha sido y es considerado, por los defensores del régimen burgués, como absurdo y criminal. Por esto, «El Obrero Libre» fiel servidor de los intereses patronales, reflejando el rencoroso espíritu reaccionario y la supina ignorancia de sus *escribidores*, nos quiere culpar de hechos, que si hay alguno responsable, hay que buscarlo en sus filas.

Es conveniente saber que no es ya una sola víctima que le inculpamos, sino de la muerte de infinitas víctimas que caen á diario, y de que son responsables directos, por que éstas se han producido debido á la inícuca explotación capitalista.

A diario revientan un hombre en el fondo de una bodega, le trituran una pierna, ó le hunde el cráneo con una piedra por falta de personal en el trabajo; ó bien, como sucede en las huelgas, por incapacidad de los trabajadores que van á *carnerrear*. Y estos crímenes de la avaricia capitalista, (desgracia como la llaman ellos) no paran allí, pues las mujeres y los hijos de estas víctimas han de sufrir sus consecuencias, y esta muerte ha de ir á amargar más la existencia de por sí amarga y dura de estos pobres seres, privado ahora de su único sosten.

Después el niño muere de hambre (anemia la llaman los señores) la mujer se prostituye, si es bonita, ó vive muriendo trabajando día y noche hasta que la muerte pone término á su pobre existencia. Y adviértase que nada hemos dicho del tugurio donde no viven sino mueren lentamente; de los artículos de primera necesidad adulterados, que en vez de reconfortar el organismo y reparar las fuerzas perdidas en un trabajo excesivo van minando su existencia; de las bebidas, verdaderos venenos, que degeneran y embrutece, y en fin de las infinitas plagas sociales que contribuyen á dar vida á esta sociedad cuya única obra es la muerte, violenta

ó lentamente de lo bueno y de lo útil, y de la cual los señores de la «Libre» son sus defensores ardientes.

Nos hemos circunscripto á esbozar someramente el cuadro de la actual sociedad burguesa, sometiendo á nuestro estudio solo aquello que tuviera una relación directa con nuestro trabajo, aunque sabemos que bien mirada la cuestión, todo contribuye poderosamente en el actual orden social, el ejército, el clero, el capitalismo y las instituciones todas de gobierno, para producir estos choques, estas injusticias, estas muertes y miserias, y por esto, nos es difícil sin incluir estos factores determinantes, demostrar, como dijimos al empezar estas líneas, cuales eran los verdaderos culpables y quienes sentaban mejor los calificativos de criminales etc. que los sesudos del «Obrero Libre» nos aplicara á nosotros.

Pero si bien es cierto esto, no hemos de demostrar aquí, por ser demasiado conocido y por la extensión que tomaría este trabajo, cual es el caracter específico de la institución militar y el verdadero rol social que desempeña, ni la misión del clero, negras aves que se agitan en la sombra, ni del capitalismo mostro devorador que absorbe las energías del pueblo, ni del gobierno, instrumento vil de todas las tiranías. Pero, con todo, hemos debido mencionarlos así de paso, para justificar acabadamente la estupidez de esos falsos moralistas de la sociedad burguesa, cuyos ladridos de perros rabiosos se alzaban al unisono condenando hechos que ellos son los únicos responsables.

Y bien, hemos dicho que el actual sistema social es vicioso y malo y que sus leyes, están en contraposición con el orden natural de las cosas. Que la lucha por la existencia, en este medio vicioso, tiene que ser feróz impuesta por la imperiosa necesidad de la vida; y cuya causa determinante es ese desequilibrio en los repartos de los bienes, de la riqueza social, que debiendo ser el patrimonio de todos, solo es de los holgazanes que jamás han producido. Que esta injusticia social tiene que llevar aparejado el desorden, y que por esto mismo, los que verdaderamente aman y saben elevar su pensamiento por encima de esos sucios valores de cambio, han de luchar para transformarla en una sociedad libre, dando término así á las maldades y á las bajas pasiones que es el patrimonio del presente estado de cosas.

Y terminamos, despues de esta lijera exposición, preguntando; ¿Cuáles son los verdaderos culpables, de estas miserias humanas que afligen y entristecen? ¿Somos acaso nosotros los que en guerra abierta con la naturaleza, pretendemos domarla y descubrir sus infinitos secretos para bien de la humana especie? ó son aquéllos, que jamás bajaron á una mina, ni construyeron un puente, ni talaron un bosque, ni trazaron una linea ferrea, ni cultivaron la tierra, etc. etc. y cuya única ocupación ha consistido en predicar la mentira en los templos, otro arrastrar sables por las calles, dictar leyes contrarias al progreso y á la vida otros, y por fin, aquellos jugar á la suba y á la baja y especular con el hambre del pueblo? ¿Quiénes son los verdaderos culpables?

OBRERO.